

**DIANA BELLESI, VARIACIONES DE LA LUZ**

Paula Jiménez España\*

**DATOS DE LA OBRA**

Bellesi, D. (2014). *Variaciones de la luz*. Buenos Aires: Ediciones Cienvolando. ISBN: 9789874591609

La luz en estos versos, en todas sus tonalidades y en la diversidad de sus fuerzas. Desde el quemante y dorado sol al fantasma que en el cielo dibuja la otra parte que falta de la luna. Plena, tenue, penumbrosa, nítida, de cualquier forma impacta: toda de plata, cortada a cuchillo, roja, gris, blanca, oscura lava, sombra, espejos donde el plata se filtra como aguja, veladura, nácar, verde que brilla a costa nuestra. Promesa. La luz insuficiente, la humana, el amor imposible que no alcanza para cruzar los mundos. No debería decirse en singular la luz ni la poesía. Cada segundo es otra, en variación. O sí, y también es una sola. Dice Bellesi en el poema «La corona»:

La chispa  
del modelo mayor y no acabado  
siempre abierto en la búsqueda de aquello  
donde dos y tres y cinco... pero uno  
nunca, si en la red es la diferencia  
permitida o el salto libre y única  
aventura que el modelo no conoce  
aunque desea y quién pudiera decir  
es más hermosa abierta o cerrada  
la mano en cinco pétalos o es

---

\* Poeta argentina. En 2006 obtuvo el Primer Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero y el premio Hernández de Plata en categoría Poesía, y en 2008, el Primer Premio Fondo Nacional de las Artes, también en poesía. Como periodista colabora con los suplementos «SOY» y «Las 12», de *Página/12*, y con el *Diario Z*. Correo electrónico: batijimenez@gmail.com.

*Gramma*, XXV, 53 (2014), pp. 217-221.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0153.

la radiante tarea en los caudales  
de aquello que la vuelve hermosura (2014 [vv. 96- 107], p. 183).

Este monumental poema con el que finaliza tanto *Variaciones de la luz* como la obra reunida de Diana Bellessi, *Tener lo que se tiene*, está escrito en versos endecasílabos y compuesto de catorce sonetos encadenados. Su extensa y sólida estructura resalta, por un lado, una forma presuntamente acabada, la del soneto, y por el otro, al multiplicarla, establece la dependencia de esta estructura con un cuerpo mayor. Decimos que están encadenados porque el sentido de uno está ligado al del que sigue, ya que el último verso de cada soneto se encabalga con el primer verso de otro que empieza, produciendo una sensación de continuidad, como hay continuidad entre la noche y el día, o entre el ocultamiento del sol y la aparición de la luna. *Variaciones de la luz* desarrolla desde sus tópicos, y también con un gran trabajo en lo formal, la relatividad y la fugacidad de las estructuras autónomas dentro de la gran corriente del tiempo, de los acontecimientos, de la poesía misma; la relación de ida y vuelta entre los elementos de la naturaleza o, en lo que respecta estrictamente a los versos y al poeta, a su vínculo con una tradición insoslayable que lo contiene y que, a la vez, alimenta y a la que este libro le rinde tributo. En la historia de la poesía, no habrá verso libre sin que antes reinen las estructuras métricas cerradas y, a su vez, ¿qué son esas estructuras cerradas sino cierto orden musical dentro del balbuceo infinito? Cinta de Moebius que une lo aparentemente opuesto y que va desde la exaltación de la apacible naturaleza, como en el *locus amoenus* renacentista, al dramatismo que esa misma naturaleza encarna al pervivir a costa de nuestro tiempo. *Variaciones de la luz* plantea esta tensión con maestría, pero también con desesperación, con una desesperación que vuelve a la lengua barroca en su necesidad de retener el detalle que, si no es escrito, se fuga en la inmediatez. La mente o la acción humana aparecen como puentes entre el inasible flujo del transcurrir y la trascendencia del momento presente a través de la creación de la obra, materialización que da testimonio del paso del artista por la vida produciendo belleza. Como el pintor lo hace con las alas de las gallinitas del monte en el poema «Atril»:

Cruzan por el fondo de la casa sin temor  
alguno, quizás de pichones atrevidos  
o de tanto mirarnos por la ventana olvidan  
al gavilán dispuesto aunque sea a dibujarlas  
congelando la gracia de las movientes plumas (2014 [vv. 4-8], p. 96).

En este mirar, la pérdida, el tiempo que se va, son tópicos que, aunque en estos versos no están explicitados, organizan el sentido del poema y tiñen muchas zonas del libro. «Elegía», del capítulo «La enseñanza del oro», segunda parte de *Variaciones...*, poetiza sobre la memoria sagrada que conserva a madre e hija suspendidas en una escena íntima y

cotidiana. Su cadencia musical apoyada en versos endecasílabos pareciera mecer al poema en la comodidad del habla, hacerlo fluir sin interrupciones, como sucede con el recuerdo del amor en el que ningún detalle obstaculiza un momento perfecto. «Elegía» dice así:

Abril las envolvía en una niebla  
de oro mientras sentadas en el patio  
dos mujeres charlaban y las hebras  
de la charla avanzaban con cuidado  
dulcemente hablando como suenan  
las notas ya precisas del teclado  
cuando la melodía a la madera  
envuelve igual a un guante y ella “te amo”  
dice y ya no importa cómo seas (2014 [vv. 1-9], p. 124).

«Ya no importa cómo seas»: esta enunciación superadora de las diferencias —porque esa fuerza es el amor mismo— revela, en mi opinión, otra de las claves del libro. Ante los ojos de la poeta, todas las cosas, las grandes y las pequeñas, tienen idéntica importancia, y además son móviles. La compasión no se hechiza con las formas transitorias, porque la compasión en sí misma no es fijeza, sino transformación, transformación en el otro. El yo poético de «La condición del héroe», por ejemplo, puede verse a sí mismo y ver nuestra especie con los mismos ojos con los que ve la avispa a la que salva de seguir atrapada tras un vidrio. El final del poema dice así:

Debo empujarla suave o violentarla con mi mano  
para que su horror quiebre la torpe mecánica y antes  
de iniciar otra se tope repentina con la brecha  
abierta y salga convencida de un avatar o accidente  
donde la fuerza de los dioses  
interviene. Así nosotros, puedo verme (2014 [vv. 11-16], p. 179).

Este es uno de los últimos poemas de *Variaciones...*, el que precede a «La faena», elegía hecha de una serie de tercetos encadenados que arranca así:

Viéndome, en lento caminar y en vértigo  
no obstante por el áureo corredor  
hacia la orilla donde al fin se para  
el tiempo y llega aquél, aquél sin límites  
que da la espalda al porvenir y gira  
sonriendo a la mirada naciente (2014 [vv. 1-6], p. 180).

Vemos cómo, nuevamente, el giro enunciado en el verso final da vuelta la escena y convierte la muerte en vida, haciendo girar consigo el signo de lamento hacia la dicha ante lo que nace. Esta composición elegíaca, como las lirias, los sonetos o las quintillas presentes en el libro, rinde homenaje al siglo en que la poesía castellana llegó al punto más alto de su perfección formal. Honrar ese pasado, honrar una tradición poética es, desde mi punto de vista, otra de las propuestas de *Variaciones de la luz*. Garcilaso de la Vega o San Juan de la Cruz aparecen evocados directamente en los versos de Bellessi, dos emblemas occidentales del más duro procedimiento poético conviviendo sincréticamente con maestros como Chuang Tsé o Lao Tsé, o con María y José, padre y madre del Cristo nacido en Jerusalén. En *Variaciones...* se puede reconocer el paralelo y el entrecruzamiento entre la cultura occidental y la oriental, el reverbero de ambas en el mundo moderno, el *carpe diem* renacentista, por ejemplo, alentando, como el Tao Te Ching, la misma y difícil concentración en las circunstancias presentes. Dice Bellessi en «Sixty and sweety»:

sesenta, madre, los años que cumplo  
 hoy y el carpe diem de cada día  
 ganado tal cual ahora lo recuerdo en el brillo  
 de tus ojitos pálidos ante la luz  
 de la mañana espléndida (2014 [vv. 20-25.], p. 24).  
 Y en el poema «Eucaristía», dice:  
 parece lanzado el plumerito con sus flores al rojo  
 donde liba un colibrí en el íntimo paisaje de esta  
 casa sostenida por un instante en el edén que es solo  
 tiempo presente o alegría que convierte a una mojarrita  
 en el pez más grande de Chuang Tsé y a ella en pájaro (2014 [vv. 3-8.] p. 50).

El camino de la transformación aparece otra vez en estos versos y es, querramos o no, común a todos los destinos. Como dice Lao Tsé, todas las cosas son lo mismo. A lo que Diana agrega en su poema «Todas las cosas son lo mismo, mi ternero». La paradoja de esta enseñanza está en la posesión que ese pronombre, «mi», casi rematando el final, trae, cortando la indiferenciación y produciendo la individualidad. El poema «La lección» expone, como tantos otros, esa tensión entre el yo y el conjunto, el uno y la red como dos caras complementarias a la vez que ilusorias en su intento de excluirse mutuamente «Yo soy es una trampa pero yo / soy y honro lo que existe siendo en ello» (2014, v-v 3-4, p.20). En estos versos es solo la mirada tentada a la comparación la que busca determinar los límites de la conciencia personal; continúa el poema:

el juego nunca acaba y el dragón  
 celoso de una sola pata logra

pronunciar sin embargo su dolida  
 sentencia al envidiado ciempiés  
 “si apenas puedo yo con mi pata única  
 ¿cómo haces para controlar tus cien”  
 pero el ciempiés contesta: “no controlo  
 nada” (2014 [vv. 6-13 ], p. 20).

No controlo nada, dice el ciempiés, y suelta así las riendas de una ilusión. Sin embargo, en un sentido, es tarde, porque el pobre ya es esclavo del lenguaje: atravesado por la primera persona del singular, el hablante se peleará siempre con la igualdad y se recortará del conjunto. El yo, que es eje de la experiencia poetizada, aparece en algunos versos de *Variaciones de la luz* para hablar de su imposibilidad de ver lo que está más allá de sí

Por último, quisiera decir algo sobre los maestros de este libro dividido en dos partes: «La enseñanza silenciosa» y «La enseñanza del oro». En *Variaciones...* maestros son desde el sol y la luna o, entre los mortales, el enorme Garcilaso, hasta los seres más pequeños, todos tienen una lección para dar. Y en esta serie, yo no puedo evitar pensarla a ella misma como maestra, como una gran maestra. En aquellas mañanas en el living de su casa, además de las herramientas que me brindó para el trabajo con los poemas, lo que me transmitió a mí, su alumna, fue que la enseñanza es un canal inmaterial de luz. El maestro señala ese canal como lo hacen, en este libro, su perra Talita Kuhmi, los mirlos, el colibrí, todos ellos tan humildes, transmitiendo la transitoriedad, esa magia sobre la que nos encabalgamos sin sentido o con todo el sentido del mundo. «Lo que hay que hacer es sencillo siempre, esa es la enseñanza», dice Diana en el poema «El amado deber» (2014 [vv. 20-21], p. 72). Y eso es glorioso. Yo la veo regando su jardín a mi maestra, la veo tomar mate en el Tigre frente al arroyo, la veo haciendo los gestos sencillos y correctos delante de mis ojos, y pienso que todo lugar es el que debe ser, que no hay error en eso y que la simpleza está ahí, para ser conquistada. Como dicen ciertos versos suyos (2014 [vv. 1-12], p.138):

Haciendo nada  
 el barrido de las hojas o el acecho  
 de un brote temprano  
 asediado por la helada  
 me siento haciendo mucho  
 o simplemente lo que debo  
 en los días que se escapan.